

SEGUNDA PARTE

Capítulo III

De cómo se armó El Olonés para ir a tomarse la ciudad de Santiago de los Caballeros de León, y también la de Nicaragua, (sic) en donde pereció miserablemente.

Después de su último viaje de rapiñas El Olonés quedó gozando en la isla de La Tortuga (1) de mucha estima y reputación, todo a causa del gran provecho que le habían producido sus correrías. Por eso no le era difícil agavillar gente bajo su bandera; y la verdad es que tantos acudían que no podía enrostrarlos a todos. Y es que confiando todos en hacerse ricos con él, no temían arrostrar los más grandes peligros atendidos sólo al valor y la experiencia de su cabecilla. Alentado así resolvió realizar una segunda expedición, escogiendo esta vez a Nicaragua para saquear en esa tierra las más ciudades que pudiera.

Habiendo pues pregonado en las plazas de la isla su proyectada correría, contaba a la hora de partir con más de setecientos hombres. De éstos puso trescientos en un navío que había tomado en su afortunado asalto a Maracaibo, (2) y el resto en cinco barcos más pequeños que también llevaba. El primer puerto que tocaron fue Bayaha, en La Española, (3) en donde se avituallaron. De allí partieron al puerto de Batabanó. (4) Su intención era apoderarse allí de todas las canoas que hallara, pues ese lugar es de pescadores de tortugas que llegan a vender a la Habana. Y con gran dolor de esa pobre gente les robaron cuantas creyeron necesarias para la expedición; los piratas las necesitaban para poder desembarcar en lugares a donde no podían entrar sus barcos de más calado. Luego tomaron el derrotero de Cabo de Gracias a Dios, situado en tierra firme en los 15º de latitud norte, a unas cien leguas de la Isla de Pinos. (5) Una aflictiva y tediosa calma chicha los abatió, y las corrientes los llevaron al Golfo de Honduras. Allí lucharon para recobrar su posición marítima, pero fue en vano; corrientes y vientos les fueron adversos. Además, el navío en que iba El Olonés no podía seguir a las otras embarcaciones; y, encima de eso, se les agotaron las provisiones de boca. Entonces se vieron obli-

(1) Al norte de La Española

(2) En la costa de Venezuela

(3) Isla constituida hoy por Haití y la República Dominicana

(4) Al sur de Cuba

(5) Frente a la costa sur de Cuba

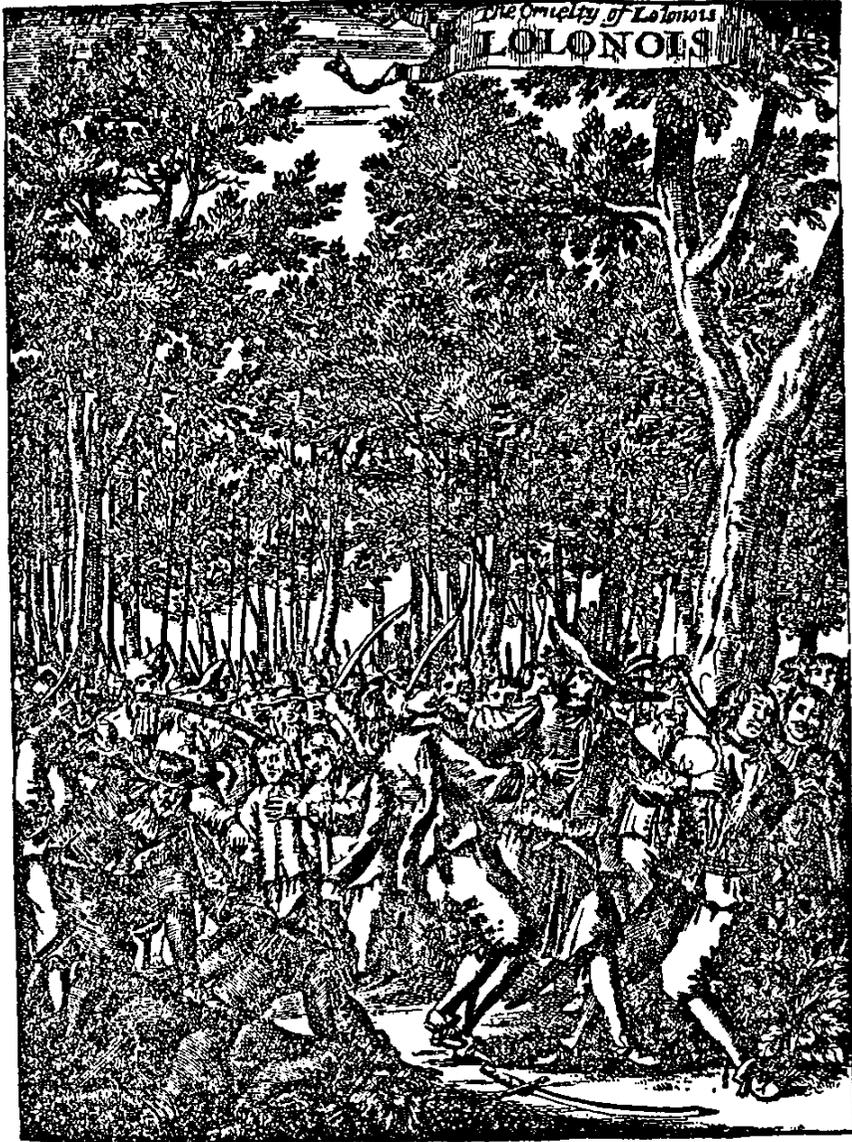
gados a recalar en el primer puerto que encontraron para reavituallarse. Entraron en la boca de un río llamado Xagua poblada de indios a quienes les robaron todo y les destruyeron el caseño. Allí se abastecieron de maíz, y de muchos puercos y gallinas. Y no contentos con eso, se dedicaron a saquear todos los puertos y poblados de la costa pertrechándose de las provisiones necesarias para sus correrías. Hiciéronse de nuevo a la vela y llegaron a Puerto Caballo, (1) en donde los españoles tienen bodegas en que guardan las mercaderías procedentes del interior del país hasta que llegan por ellas los navíos de España. En el puerto se apoderaron los piratas de un barco español de veinticuatro cañones y dieciseis pedreros. Saltaron a tierra y pegaron fuego a las dos bodegas y a las casas del poblado. Tomaron muchos prisioneros haciéndoles las mayores crueldades imaginables. El Olonés tenía por costumbre dar tormento a los prisioneros para hacerles revelar el escondite de sus bienes; cuando no lo conseguía los hacía descuartizar y les arrancaba la lengua; eso hacía con los españoles que caían en sus manos. De ordinario sucedía que los desventurados, atemorizados por lo que podía sucederles, prometían revelar los lugares donde los otros españoles se ocultaban —lo que en realidad ignoraban— y al no hallarlos allí los piratas les daban mayores tormentos aún.

Habiendo dado muerte a todos (salvo a dos que dejaron para que les sirvieran de guías) marcharon sobre el pueblo de San Pedro, (2) a diez o doce millas de Puerto Cortés. Iba El Olonés con trescientos hombres; el resto quedó al mando de Moses van Bin que gobernaría en su ausencia. Tras de caminar tres leguas toparon con una emboscada de los españoles. Acometieron éstos con arrojo y pelearon bien al principio, pero no pudiendo resistir la furia de los piratas volvieron espaldas no sin antes haber matado y herido a muchos. A los españoles que quedaron heridos El Olonés les dio salvaje muerte después de interrogarlos.

Hizo El Olonés también algunos prisioneros sanos a quienes preguntó si no había más españoles emboscados. Dijéronle que sí. Les pidió entonces le informaran si no había otro camino para entrar al pueblo, y le dijeron que no. El Olonés quería evitar nuevas emboscadas. Habiéndolos interrogado a todos sin que nadie le indicara otro camino, se encolerizó de tal manera que cogió a uno y le abrió de un solo tajo el pecho y con sus sacrilegas manos le arrancó el corazón para morderlo al tiempo que tronaba: “¡Mort Dieu, les Espagnols me le payeront!” (3)

Al día siguiente cayó en otra emboscada. Los piratas atacaron con rabia y en menos de una hora de lucha hicieron huir a los españoles quedando en el campo muertos la mayoría de ellos. La tercera fue más por-

- (1) Puerto Cortés de hoy
- (2) San Pedro Sula, Honduras
- (3) “¡Muera Dios, los españoles me la pagarán!”



fiada que las dos primeras, pero los piratas, lanzándoles muchas bombas de mano se deshicieron de ellos. Y fueron muertos y heridos allí tantos enemigos que sólo muy pocos volvieron a sus casas. No había más que un camino para llegar al pueblo y estaba escalonado de retenes, y en las afueras habían plantado muchas matas espinosas que allá llaman raqueltes. Estas trincheras son más difíciles de salvar que los triángulos que en Europa ponen los ejércitos para impedir el paso al enemigo. Los españoles que estaban detrás de ellas, al acercarse los piratas comenzaron a cañonearlos. Pero éstos, en viendo que los enemigos encendían la mecha de los cañones, se echaban de bruces al suelo para dejar pasar las balas y luego se incorporaban granada y sable en mano lanzándose al asalto para estragarlos; y así lograron matar a muchos. Pero no pudiendo por entonces entrar al pueblo, se tomaron un respiro. En seguida volvieron a la carga, aunque con menos gente; pero esta vez no dispararon sus armas hasta llegar muy cerca del enemigo, y arrojándose con temeridad y buena puntería disparaban matando a un español con cada tiro.

El combate se prolongó encarnizadamente por una y otra parte hasta la noche cuando los españoles se vieron obligados a sacar bandera blanca pidiendo tregua para entablar pláticas de paz; sólo querían se les diera dos horas de espera. Suplicaron este corto plazo para ganar tiempo y poder ocultar cuanto más pudieran de sus haberes y huir con lo demás a una población vecina. Acordada la espera los piratas entraron al pueblo y allí se estuvieron sin cometer ningún desafuero, pero vencido el término El Olonés mandó seguir a los vecinos que huían para robarles los bienes y hacerlos prisioneros. Los piratas sólo lograron coger unos zurrones de añil, pues el enemigo había conseguido esconder todo lo demás.

Después de unos cuantos días en que perpetraron sus acostumbrados latrocinios, abandonaron San Pedro Sula llevándose todo lo robado y dejando al pueblo en cenizas. Llegados a la costa en donde habían dejado a sus otros compañeros, se encontraron con que éstos se habían entretenido en perseguir a los pobres pescadores que vivían en los contornos y a los que bajaban por el río de Guatemala. (1) En este mismo río se esperaba el arribo de una nave de España. Finalmente resolvieron irse a las islas del otro lado de la bahía para carenar y reparar allí sus barcos. Dejaron, sin embargo, dos canoas con gente suficiente en la boca del río con órdenes de apoderarse de la nave que, como llevamos dicho, era esperada con procedencia de España.

Pero el objeto primordial de su traslado a las islas era buscar allí provisiones, pues sabían que la tortuga de esos lugares es un bocado exquisito y nutritivo. Tan pronto como llegaron se dividieron en grupos, situándose cada uno en puntos convenientes para la pesca del quelonio.

(1) Se trata del Motagua, o del río Dulce

Se dedicaron también a tejer redes hechas de la corteza de un árbol llamado "macoa"; de eso mismo hacían jarcias. Hay asimismo muchos lugares en donde se encuentra alquitrán en abundancia. Y es tanta la cantidad de eso que corre a la orilla del mar, que derretido por el tórrido sol del trópico entra en el agua y se solidifica formando islotes. Este alquitrán no es como el pez o betún de algunos países de Europa, pero sí se le parece mucho en color y forma; mas en mi opinión esto es cera de abejas de tierras vecinas arrastrada al mar en los temporales. Llega la cera desde lejos hasta la orilla del mar traída por las correntadas y los ríos, pues está mezclada con arena y tiene el mismo olor del conocido ámbar negro del Oriente. Aquí en las islas donde estaban los piratas abundan las abejas que hacen sus colmenas en los troncos de los árboles; de ahí que estando los panales adheridos a los árboles caigan al suelo durante los temporales, y el viento y las correntadas que bajan de las montañas los llevan al mar. Algunos naturalistas dicen que de esta cera y de la miel se hace una separación con agua salada para producir el ámbar puro, y bien puede ser así, ya que si se le prueba sabe a cera de abejas.

Pero sigamos con mi narración. Venía diciendo yo que los piratas se ocupaban en hacer redes y jarcias, y se apuraron en terminarlas al enterarse de que había llegado la nave de España. Pasaron recorriendo la costa de Belice habitada por indios dedicados a recolectar el ámbar en esa costa. Y habiendo llegado con los piratas aquí, quiero se me permita hacer algunas observaciones referentes a los usos y costumbres de estos indios, y a la religión que practican.

Los aborígenes de la costa yucateca han estado por más de cien años bajo el dominio de España, y a esta nación es que prestan servidumbre. Y así sucede que cuando los españoles necesitan un esclavo o criado mandan aquí por uno para que le sirvan por todo el tiempo que quieran. Los españoles los catequizaron convirtiéndolos al cristianismo; todos los domingos y fiestas de guardar llegaba un sacerdote a celebrar misa. Pero un día, por razones desconocidas, aunque seguramente instigados por tentaciones del padre de la idolatría que es el propio demonio, abandonaron de pronto la religión cristiana y maltrataron al sacerdote, por cuyo desmán los españoles castigaron a muchos de sus jefes metiéndolos en prisión. Todo estos infieles tenían, y han vuelto a tener, su dios individual al que idolatran. Cosa digna de admiración a este respecto es la manera como tratan a los recién nacidos. Tan pronto como sale del vientre de su madre lo llevan al templo; allí cavan un hoyo y le echan ceniza sobre la cual depositan a la criatura dejándola sola toda la noche expuesta a toda clase de peligros; nadie debe acercársele. El templo queda abierto a fin de que los animales salvajes puedan entrar en él. Al día siguiente regresan los padres y parientes del niño a ver si en la ceniza hay huellas de

animales. Si no las hay dejan al niño allí mismo hasta que aparezca una huella, y una vez identificado por ella el animal consagran el recién nacido a él, que entonces de por vida será su dios o patrono. A ese animal habrá de servirle y lo tendrá como su protector frente a todo peligro y necesidad. Ofrecen a sus dioses sacrificios quemando una resina que nombran copal, cuyo humo huele que es una delicia. Cuando la criatura llega a cierta edad sus padres le enseñan a quién debe adorar, servir y honrar como a su dios. Al ser enterado de ello el niño va al templo y ofrece el sacrificio indicado a su propio dios. Después, si en el curso de su vida alguien le hace un mal, pone la queja a su dios-animal, le ofrece un sacrificio y le reclama venganza. Así que no es de extrañarse que un día de tantos el culpable aparezca muerto o herido a dentelladas y zarpazos por el dios-animal que protege al otro.

De esa manera supersticiosa e idolátrica viven esos miserables e ignorantes nativos de las islas del Golfo de Honduras, e igualmente muchos de Yucatán, en cuyo territorio hay excelentes puertos para abrigo de los barcos, y en donde también los indios levantan sus casas. Esta gente no se guarda mucha fidelidad y celebran su matrimonio con muy extraños ritos. Cuando quieren casarse, el pretendiente pide la novia al padre de ella o a su pariente más cercano. El futuro suegro le hace preguntas minuciosas relativas a la manera cómo cultiva los sembrados, y otras cosas referentes al mantenimiento de la familia. Y si las respuestas del yerno le satisfacen, le entrega un arco y una flecha. Con esto en sus manos se dirige a la novia presentándole una guirnalda de hojas frescas con olorosas flores entrelazadas y se la coloca en la cabeza quitándole las que llevaba; porque es costumbre de las doncellas del país adornarse siempre con flores la cabeza. Una vez hecho esto los amigos se juntan a especular sobre las posibilidades de bienandanza o fracaso del futuro matrimonio. Van luego los parientes y amigos a casa del padre de la novia a beber chicha de maíz. Allí el padre entrega la muchacha al novio. Al día siguiente la recién casada va donde su madre y entre lamentos y lloros se quita la guirnalda y la desgarrá; tal es la usanza. Pudiera decir muchas cosas más referentes a sus usos y costumbres, pero debo seguir con mi narración.

Los piratas se apoderaron de muchas canoas en la isla de Sambale, a cinco leguas de la costa yucateca. Allí hay mucho ámbar, y se le encuentra más cuando soplan vientos del este, ya que las olas llevan hasta allí eso y muchas otras diferentes cosas. En esas aguas, que son poco profundas, sólo pueden navegar barcos de poco calado. En las tierras que este mar contorna abunda la madera llamada de Campeche, que es de tinte, y otros productos también colorantes muy apreciados en Europa; y lo serían más si tuviéramos la habilidad y ciencia de los aborígenes que son muy industriosos para hacer tintes que jamás mudan de color ni se destiñen.

Llevaban los piratas tres meses de hacer antesala en el golfo cuando recibieron aviso de que había llegado la tan esperada nave de España. Corrieron al puerto con intención de abordarla, mas se encontraron con que ya estaba descargando las mercaderías. Pero antes creyeron conveniente mandar algunas de las canoas que tenían apostadas en la boca del río en busca de un pequeño barco que esperaban cargado —según noticias— de gran cantidad de plata, añil y cochinilla. Entre tanto, los marineros de la nave supieron que los piratas iban a tomarla al abordaje, y se dispusieron a la defensa. Esa embarcación montaba cuarenta y dos cañones y muchas otras armas de fuego, y bastantes municiones; su dotación era de ciento treinta y cinco hombres. Pero para El Olonés nada significaba eso; y se lanzó resueltamente al abordaje. Su barco montaba sólo veintidos bocas de fuego y no contaba más que con una chalupa auxiliar. Los españoles pelearon con bravura y lograron rechazar a los piratas, pero éstos, aprovechándose de la humareda de la pólvora que envolvía a la nave, echaron al agua cuatro canoas con gente osada que se le acercaron, y con gran agilidad la abordaron forzando a los españoles a arriar bandera.

No hallaron en la nave lo que esperaban, pues ya lo habían desembarcado casi todo. Encontraron sólo cincuenta barras de hierro, un pequeño paquete de papel, unas cuantas jarras de vino y cosas por el estilo, de poco valor todo ello.

Reunió El Olonés a toda su gente y les propuso ir a la ciudad de Guatemala. Externaron diversos pareceres, unos aprobando la idea, otros rechazándola. Unos cuantos, nuevos en lances de piratería y que al salir de la isla de La Tortuga se imaginaban que la cosa no sería más de recoger doblones de oro con la facilidad con que se cortan peras de un peral, pero que ya habían visto que la realidad era muy otra, abandonaron la expedición y se regresaron a la isla. Otros, en cambio, juraron morir de hambre antes que volver con las manos vacías.

Pero fueron la mayoría los que juzgaron absurdo el plan de ir a Guatemala, y se separaron de El Olonés y del resto de la gente. Entre ellos se hallaba un cabecilla llamado Moisés Vanclein, capitán del barco tomado en Puerto Cortés. Este hombre rumbeó en dirección a la isla de Tortuga con el intento de por esos lados. Con él se fue su compinche Pierre le Picard, quien al ver que abandonaban al Olonés, hizo lo mismo. Estos desertores se fueron costearo el continente hasta llegar a Costa Rica. Aquí un fuerte grupo saltó a tierra cerca del río Veraguas y en buen orden marcharon sobre la ciudad de ese mismo nombre. Tomaron la plaza y saquearon las casas a despecho de la tenaz resistencia de los españoles. Hicieron algunos prisioneros y robaron lo que hallaron, que por cierto no fue gran cosa, pues el lugar es pobre y el único medio de vida allí es el

laboreo de las minas. Los esclavos son los que se dedican a eso y a veces trabajan hasta caer muertos; cavan y zarandean las arenas de los ríos cercanos en donde suelen encontrar pepitas de oro tan grandes como garbanzos. El botín no pasó de siete u ocho libras de oro. De Veraguas se volvieron abandonando el plan de llegar hasta la ciudad de Natá, (1) próxima a la costa del Mar del Sur; ellos sabían que sus habitantes son dueños de los esclavos que trabajan en las minas de Veraguas. Pero se agallinaron al ver que los españoles se juntaban en gran número para caerles encima en donde quiera que aparecían.

El Olonés, abandonado por sus secuaces, se quedó solo en el Golfo de Honduras debido a que su navío tenía demasiado calado para navegar con la marea baja, cosa que los barcos pequeños podían fácilmente hacer. Allí sufrió gran falta de víveres, de modo que todos los días tenía que mandar gente a tierra a buscar qué comer, y se contentaban con los monos y animales salvajes que cazaban.

Finalmente, a la altura del Cabo de Gracias a Dios dieron con ciertas islas llamadas de Las Pertas (sic). Cerca de allí el navío encalló en un bajío, y quedó de tal manera embancado que por muchos esfuerzos que hicieron no pudieron ponerlo a flote; y eso que echaron al agua los cañones y todo objeto pesado que llevaban. Resolvieron entonces dismantelar el barco y con sus clavos y tablones construir una embarcación más pequeña para poder salir de las aguas de esas islas. Y mientras los dejamos empeñados en esa tarea pasemos a describir sucintamente dichas islas y sus habitantes.

Las islas de Las Pertas (?) están pobladas por indios salvajes que jamás se han relacionado con gente civilizada. Son altos y corren a la velocidad de un caballo; es admirable ver la destreza que tienen para bucear. Yo los ví sacar del fondo del mar un ancla de seiscientas libras atándole un cable. Sus armas son de madera sin nada de hierro, aunque algunos les incrustran en la punta un colmillo de caimán. No usan arcos ni flechas como otros indios; su arma más común es una lanza de brazada y media. Tienen sembrados que les dan abundancia de legumbres tales como papas, bananos, piñas y otras frutas propias del suelo. En las cercanías de esas hortalizas no hay casas como en otros lugares de las Antillas. Creen algunos que estos indios son antropófagos, lo cual parece confirmado por lo que ocurrió cuando El Olonés llegó allí. Resulta que dos de sus hombres, francés el uno y español el otro, se internaron en el monte, y mientras deambulaban allí se encontraron con una tropilla de indios que se les acercaron para prenderlos. Se defendieron con sus espadas, pero al fin se vieron obligados a huir, logrando escapar el francés que era

(1) En Panamá.

mejor corredor; el español cayó en manos de los salvajes y no se volvió a saber de él. Días después otros piratas cogieron el monte en su búsqueda. Iban doce bien armados y entre ellos el francés que conocía el lugar en donde había quedado el compañero. Cerca de allí hallaron restos de un fuego, y poco más allá los huesos soflamados del español. Dedujeron con razón que los salvajes habían devorado al pobre hombre; vieron también pedazos de carne aún adherida a los huesos y una mano con sólo dos dedos.

Continuaron adelante en busca de los indios a muchos de los cuales miraron, pero ellos, viendo que los piratas eran muchos y que estaban bien armados, echaban a correr. No obstante, lograron coger a cinco hombres y cuatro mujeres que llevaron al barco. Allí los piratas hicieron todo lo posible por ganarse la confianza y la amistad de los cautivos obsequiándoles cuchillos, dijes de vidrio y otras cosillas. Les ofrecieron comida y bebida, pero de esto no quisieron probar nada. Notaron los piratas que durante todo el tiempo que los indios estuvieron a bordo no se cruzaron una sola palabra. De modo que viendo el gran temor que les inspiraban les dieron unas cuantas zarandajas y los dejaron ir. Al marcharse dijeron por señas que regresarían, pero muy pronto olvidaron a sus benefactores y nunca se aparecieron. Después de ese día jamás volvieron a ver a ninguno en toda la isla. Lo que les hizo suponer que los ex-cautivos y los demás indios se habían cruzado a nado a otras isletas, y era razonable que así lo supusieran, pues nadie volvió a ver una canoa ni cosa parecida en los contornos de la isla.

Entre tanto, los piratas que deseaban ver terminada la lancha que estaban construyendo con la madera y el herraje del navío encallado, no olvidaron buscar el sustento sembrando frijoles franceses que tardaron seis semanas en dar cosecha, y también otras verduras. Tenían maíz, bananos y "racoven" en cantidad suficiente; del maíz hacían tortillas en estufas portátiles. No tenían pues que pasar hambre en ese desolado lugar.

De esa manera vivieron cinco o seis meses, pasados los cuales y habiendo terminado la lancha, resolvieron poner proa hacia el río Nicaragua (1) a ver si podían hacerse allí de unas cuantas canoas y volver con ellas a la isla a recoger a los que no cabían en la lancha recién construida. Y para evitar la discordia entre ellos mismos echaron suertes para ver quiénes se embarcarían.

Tocó en suerte a la mitad irse en la lancha y en el botecito del navío que ya tenían. El resto se quedó en la isla. En pocos días de vela llegó El Olonés a la desembocadura del río Escondido. Aquí inesperadamente

(1) Es el Escondido de hoy

le sorprendió la mala fortuna que por largo tiempo venía buscándolo para cobrarle los innumerables y horrendo crímenes que en su perversa vida había cometido. Indios y españoles lo atacaron y de tal manera arrollaron a su gente que la mayoría fueron muertos. El Olonés se embarcó con los sobrevivientes. Y ese desalmado, a pesar de haber perdido tantos hombres, no quiso volver a la isla sin antes llevar las canoas en cuya busca andaba. Resolvió pues seguir costeando rumbo al sur hasta Cartagena. Pero el Todopoderoso, habiéndole señalado su último día, se sirvió de los nativos del istmo de Darién (1) como instrumento y ejecutores de la Justicia Divina. Estos indios tienen entre los españoles fama de valientes y salvajes, pues nunca los han podido subyugar. Allí llegó El Olonés (o más bien dicho allá lo llevó su subconsciente que reclamaba el castigo de sus inauditas fechorías), pensando el infame agregar más eslabones a su ya larga cadena de crímenes. Pero los indios, pocos días después de haber él desembarcado, lo cogieron y lo descuartizaron vivo echando luego sus miembros al fuego, y en seguida lanzaron sus cenizas al viento para que no quedara memoria de semejante energúmeno. Fue uno de sus camaradas quien me relató detalladamente la tragedia, y me dijo que él mismo estuvo a punto de correr ese mismo destino. En su opinión, muchos de sus compañeros que en ese encuentro con los indios fueron hechos prisioneros, sufrieron idéntica suerte de su cabecilla. Así terminó la legendaria vida de esa criatura infernal nombrada El Olonés quien, con una historia llena de crímenes, y deudor de mucha sangre inocente, sufrió una muerte cruel a manos de gente sanguinaria, como lo fue él toda su vida.

Los que quedaron en la isla de Las Pertas (?) esperando el regreso de los que para su desgracia se habían ido, al no recibir noticias de su capitán y demás camaradas, se embarcaron en un buque pirata que viniendo de Jamaica recaló en la isla. Este pirata traía el plan de desembarcar en Cabo de Gracias a Dios, remontar el río en sus canoas y tomarse Cartagena (sic). Las dos pandillas de aventureros, al verse juntas, se alegraron mucho, los unos por haber sido rescatados de una isla desierta en donde habían vivido durante diez meses, y los otros por sentirse ahora más fuertes para realizar sus despredaciones. Zarparon, pues, y quinientos piratas desembarcaron en Cabo de Gracias a Dios para remontar el río en canoas; sólo cinco o seis hombres quedaron resguardando cada uno de los barcos. No llevaron provisiones porque descansaban en la seguridad de que tierra adentro las había en abundancia. Pero sus esperanzas, no siendo fundadas en Dios, les resultaron fallidas. El Señor dispuso que los indios, al enterarse de su llegada, huyeran a los montes llevándose los víveres que tenían en sus ranchos, y también las de sus siembros que en su mayor parte tenían en las orillas del río. De suerte que a los pocos días de ir remontándolo empezaron a padecer de hambre como nunca en su vida. Y si bien la esperanza que tenían de hacerse pronto ricos alen-

(1) Istmo de Panamá.

LOS BUCANEROS EN AMERICA

taba su espíritu, tenían que sustentarse con sólo los cogollos de algunas plantas ribereñas

Mas todo su coraje y ánimo resuelto no les duró más que dos semanas, al cabo de las cuales materia y espíritu comenzaron a flaquear. En tal situación resolvieron adentrarse en la selva en busca de poblaciones en donde esperaban hallar que comer; y tampoco allí encontraron nada. En vano recorrieron por días y días la montaña. Al fin, muertas ya sus esperanzas, y desfallecidos, se vieron forzados a buscar otra vez el río para regresar a la costa en donde habían dejado los barcos. Y fue tanto lo que padecieron que en el camino tuvieron que comerse el cuero de sus zapatos, el de las vainas de sus espadas y cosas parecidas, y en su desesperación hasta se soñaban con encontrar algún indio para comer carne asada. Finalmente llegaron a la costa en donde aliviaron su miseria. Pero no todos se salvaron; algunos murieron de pura debilidad y de enfermedades que contrajeron en su desventurado viaje. Los restantes se dispersaron para ir acabando uno tras otro de la misma manera que El Olonés. De éste y de sus compañeros ya dí cuenta a mis lectores. Ahora quiero relatar las hazañas del capitán Henry Morgan, quien bien se merece el calificativo de segundo Olonés, pues que no fue menos temerario ni menos ladrón que aquél.

Capítulo IV

Linaje de Henry Morgan; sus proezas y sus maldades.

El capitán Henry Morgan nació en el principado de Gales, Inglaterra. Su padre fue granjero acomodado y persona de consideración, como suelen ser los de su clase de Gales. Morgan nunca mostró tener la vocación de su padre, así que desde joven se fue al litoral en busca de un trabajo que estuviera más acorde con sus inclinaciones. Lo encontró en un puerto en donde había varios barcos preparándose para zarpar a la isla de Barbados. Y se embarcó en uno de ellos cuyo capitán —según costumbre entonces en Inglaterra y otras naciones— lo vendió a un cortador de maderas. Después de un tiempo obtuvo su libertad y se trasladó a Jamaica en busca de mejor fortuna. Allí encontró dos barcos corsarios a punto de salir en correría, y no teniendo cosa más digna de hacer se metió en uno dispuesto a probar ventura con esa ralea. Muy en breve aprendió el oficio y después de haber hecho tres o cuatro viajes con buena estrella convino con otros en juntar su dinero y comprarse un barco; hecho lo cual lo eligieron capitán del mismo.

Poco después salió de Jamaica a piratear en las costas de Campeche en donde capturó varias embarcaciones; con sus presas regresó en triunfo a Jamaica. En la isla se encontraba el veterano pirata Mansvelt ocupado en armar una poderosa flota para desembarcar en tierra firme y saquear todos los pueblos a su paso. Mansvelt, viendo en Morgan un tipo de arrojo temerario, lo nombró vicealmirante de la flota que se componía de quince barcos, entre grandes y pequeños, con dotación total de quinientos hombres, valones y franceses en su mayoría. Y zarparon de Jamaica llegando poco después a la isla de Providencia, frente a la costa nicaragüense, situada en los $12\frac{1}{2}^{\circ}$ de latitud norte, y a 35 leguas del río Chagres, Panamá, entre norte y sur. Allí saltaron a tierra casi todos los piratas.

En pocas horas de dura lucha obligaron a la guarnición española a rendirse y entregar los fuertes de la isla, los cuales demolieron al momento dejando intacto sólo uno en el que acuartelaron a cien de piratas más todos los esclavos capturados allí. Con los demás hombres se dirigieron a una islita más pequeña que estando tan cerca de la de Providencia podían cruzarse a ella en un puente. Y lo construyeron en pocos días pasando luego los hombres y la artillería sacada de la isla grande. Dejando en ruinas las dos islas, se hicieron de nuevo a la vela no sin antes haber dado las órdenes pertinentes a los que quedaron en el fuerte. Se llevaron a los españoles

capturados y los dejaron en las cercanías de Portobelo. (1) En seguida se fueron costeando el litoral costarricense hasta el río Colla con el propósito de robar los pueblos de la zona, y después, para hacer lo mismo, pasar al pueblo de Natá, cerca ya del Mar del Sur.

El gobernador de Panamá, advertido de la presencia de estos piratas y sabiendo de sus depredaciones, les salió al encuentro con su tropa. Los piratas, dándose cuenta de que el país estaba ya en guardia contra ellos, optaron por retirarse y se regresaron a la isla de Providencia a ver a los cien hombres que habían dejado en resguardo de ella, y de la cual había quedado de gobernador un francés llamado Le Sieur Simón, quien durante la ausencia de Mansvelt desempeñó bien su cargo. Y tanto así que fortificó convenientemente la isla grande, y en la pequeña sembró hortalizas en cantidad suficiente para abastecer a la flota en el presente y el futuro. Quería Mansvelt mantener estas islas en permanente posesión, pues era fácil defenderlas y están estratégicamente situadas en las cercanías de los dominios españoles.

Mansvelt resolvió regresarse a Jamaica y enviar de allí refuerzos a Providencia para en caso que los españoles trataran de reconquistarla. Tan pronto como estuvo de vuelta se puso al habla con el gobernador exponiéndole su plan referente a la retención de las islas; pero éste lo rechazó por temor de que si lo aprobaba, su amo el rey de Inglaterra se disgustara, además de que, si le daba a Mansvelt los hombres que le pedía disminuiría sus fuerzas debilitando así la defensa de Jamaica. Viendo Mansvelt la renuencia del gobernador y que ya nada podía esperar de él, se fue a la isla de Tortuga, en La Española, llevando en mente su viejo propósito; pero la muerte le sorprendió repentinamente poniendo fin a su vida de malvado. Y todo quedó en nada hasta la ocasión que aquí paso a relatar.

Le Sieur Simón, a quien dejamos de gobernador en la isla de Providencia, al no recibir noticias de Mansvelt, su almirante, se impacientaba en ansiosa espera. Por otra parte, don Juan Pérez de Guzmán, recién nombrado gobernador de Costa Rica, considerando lo peligroso que para el rey de España sería dejar la isla en poder de los piratas, armó una considerable flota y mandó a reconquistarla. Pero antes de usar de la fuerza escribió a Le Sieur Simón proponiéndole que si entregaba la isla a Su Majestad Católica le recompensaría con largueza; pero que si no sería castigado cuando él la reconquistara por la fuerza de las armas. Le Sieur Simón, viéndose ante la imposibilidad de defenderla y que ni él ni su gente ganarían nada con oponerse, la entregó. Pocos días después llegó de Jamaica un navío inglés enviado subrepticamente por el gobernador con mucha gente, hombres y mujeres. En viéndole llegar, los españoles del fuerte izaron el pabellón inglés y persuadieron a Le Sieur Simón a subir a bordo del navío y hacerlo

(1) En Panamá.

conducir al puerto que le dijeron Allí todos fueron hechos prisioneros Un ingeniero español refirió este caso antes que yo; esta relación llegó a mis manos en forma impresa, y me parece oportuno reproducirla aquí:

“Relación detallada de la victoria que las armas de S. M Católica obtuvieron contra los piratas ingleses, gracias a la dirección y al valor de don Juan Pérez de Guzmán, Caballero de la Orden de Santiago, gobernador y capitán general de tierra firme y provincia de Veraguas.

“El Reino de Tierra Firme, lo suficientemente poderoso para rechazar y derrotar grandes armadas, y principalmente a los piratas de Jamaica, tenía noticias de que catorce navíos ingleses merodeaban en las costas sujetas a S. M. Católica El día 14 de julio de 1665 llegaron informes a Panamá de que esos piratas habían entrado al puerto de Naos y obligado a rendirse a la guarnición española de Providencia, de la cual era gobernador don Esteban del Campo, y que se habían apoderado de la isla, haciendo prisioneros y destruyendo cuanto encontraron. Don Juan Pérez de Guzmán supo de tal atropello de boca de algunos españoles que lograron escapar (y a los cuales envió don Juan a Portobelo) y contaron que los piratas llegaron de noche a la isla el día 2 de mayo sin ser vistos, y que al día siguiente, después de algunos encuentros, tomaron los fuertes e hicieron prisioneros a todos los civiles y militares, salvándose sólo los que por fortuna pudieron escapar. Llamó a consejo don Juan haciendo saber lo que los piratas habían hecho en tierras de S. M. Católica. Y propuso lo siguiente: Enviar fuerzas a reconquistar la isla de Providencia, pues que en ello iba el honor y el interés real, ya que de otro modo los piratas podrían apoderarse de todas las posesiones de S. M. en América. A esta alocución replicaron algunos que los piratas, no estando en capacidad de subsistir en dicha isla, en poco tiempo se verían forzados a salir de ella sin tener que ir nadie a echarlos de allí, y que, por tanto, no valía la pena empeñarse en una empresa tan ardua y costosa como sin duda sería esa. Mas no obstante este razonamiento, don Juan —como fogueado y valiente soldado que era— ordenó al punto llevar suficientes vituallas a Portobelo para la milicia; y para dar ejemplo de actividad y confianza, fue él mismo allá con gran riesgo de su vida. Llegó el día 7 de julio con todo lo necesario para la expedición, y halló en el puerto un buen navío llamado “San Vicente”, perteneciente a la Compañía de los Negros, y que estando bien artillado y con abundancia de otros pertrechos, lo dotó de gente. A su mando iba el capitán Joseph Sánchez Ximénez, bravo y valeroso soldado, corregidor de Portobelo. Llevaba doscientos setenta soldados y treinta y siete prisioneros de aquella misma isla, además de treinta y cuatro españoles de la guarnición, veintinueve mulatos de Panamá, doce indios expertos flecheros, siete buenos artilleros, dos ayudantes, dos pilotos, un cirujano, y un capellán franciscano.

“Dio don Juan órdenes a todos los oficiales, instruyéndolos acerca de cómo debían comportarse, y les dijo que el gobernador de Cartagena les daría más gente, barcos y todo aquello de que hubieren necesidad, conforme a la carta que con ese fin le escribía. El veinticuatro de dicho mes, estando don Juan listo ya para zarpar, reunió en cubierta a todos los tripulantes animándolos a pelear contra los enemigos de la religión católica, y aún más contra aquellos condenados piratas que habían cometido tantas iniquidades contra los vasallos de S. M. Católica, prometiendo a los soldados recompensarles generosamente, y sobre todo a los que se destacaran en servicio de su rey y de su patria. Fuese luego don Juan y en seguida los del navío levaron anclas con viento favorable. Llegaron a Cartagena el 22 del mismo mes, y entregaron al gobernador la carta del noble don Juan, carta que recibió con demostraciones de afecto, y, en vista de aquella animosa resolución, les prometió ayudarles con una fragata, un galeón, y una barca con ciento veintiseis hombres, la mitad de su propia guarnición y la otra mitad de mulatos. Bien provistos ya de todo lo necesario, salieron de Cartagena el 2 de agosto, y el 10 llegaron a la vista de Providencia por la punta de occidente. Y aunque el viento era contrario, entraron al puerto y echaron anclas, habiendo perdido en la travesía a causa del mal tiempo una barca en el peñón llamado Quitasueños. Al ver los barcos entrar, los piratas les dispararon tres cañonazos que les fueron pagados con la misma moneda. Envió entonces el corregidor Joseph Sánchez Ximénez de parte del rey su Señor a uno de sus oficiales a intimar a los intrusos la entrega de la isla, pues que la habían tomado, decía, en tiempo de paz entre las coronas de España e Inglaterra, advirtiéndole que, de lo contrario, los pasaría a todos a cuchillo. Respondieron los piratas que la isla había estado antes bajo el dominio y gobierno del rey de Inglaterra, y en vez de capitular preferían entregar la vida.

“El viernes 13 de dicho mes subieron tres negros del enemigo a bordo de la nave almirante, e informaron que los piratas de la isla eran sólo setenta y dos, y que viendo tan gran poder contra ellos, estaban acobardados. Con esta confidencia los españoles resolvieron desembarcar y avanzar sobre los fuertes, desde los cuales dispararon los piratas muchos cañonazo, no faltándoles respuesta de parte nuestra; este duelo duró hasta caer la noche. El domingo 15 de dicho mes de agosto, que era día de la Asunción de Nuestra Señora, con tiempo muy claro y sereno los españoles comenzaron a avanzar así: El navío “San Vicente”, que era la nave almirante, disparó dos andanadas sobre la batería nombrada La Concepción; el barco “San Pedro”, vice-almirante, disparó sobre la otra, llamada Santiago. Entretanto nuestra gente desembarcaba en botes pequeños dirigiéndose a la punta de la última batería, y de allí se encaminaron a la puerta que dicen Cortadura. El teniente Francisco de Cáceres, que intentó reconocer las fuerzas de los piratas con solo quince hombres, fue obligado a replegarse a punta de cañonazos, porque le tiraron hasta el órgano de la iglesia, lanzando en cada disparo hasta sesenta cañones del mismo.

JOHN ESQUEMELING

“El capitán Joseph Ramírez de Leyva, no obstante la oposición del enemigo, con sesenta hombres se lanzó al asalto; pelearon furiosamente de una y otra parte, pero al fin De Leyva obligó a los piratas a capitular.

“El capitán Juan Galeno, con noventa hombres, cruzó la montaña avanzando por ese lado hasta el castillo de Santa Teresa. El corregidor Josept Sánchez Ximénez, como comandante en jefe, avanzó desde la batería de Santiago con el resto de su gente, cruzando la bahía en cuatro chalupas, y llegó a tierra a pesar del fuego enemigo. En tanto, el capitán Juan Galeno comenzó a avanzar con los otros sobre dicha fortaleza, de suerte que nuestra gente atacó simultáneamente por tres distintos puntos, con gran coraje y valor. Viendo entonces los piratas a muchos de los suyos muertos y que no les era posible resistir, se retiraron a Cortadura, donde se entregaron. Después se rindió toda la isla. Los nuestros izaron el estandarte real de España y dieron gracias a Dios por la victoria obtenida en el día de Nuestra Señora. El número de piratas muertos fue de seis con muchos heridos y setenta prisioneros. De nuestra parte tuvimos un solo muerto y cuatro heridos.

“Halláronse en la isla ochocientas libras de pólvora y doscientas cincuenta libras de balas para mosquetes además de muchos otros pertrechos. Entre los prisioneros se encontraban dos españoles que habían hecho armas contra S. M. Católica; al día siguiente fueron arcabuceados por orden del corregidor. El 10 de septiembre entró al puerto un barco inglés que había sido visto desde lejos por el corregidor, quien ordenó a Le Sieur Simón, que era francés, fuera a visitarle y dijera a los que en él venían que la isla estaba aún en poder de los ingleses. Hizolo así y halló a bordo catorce hombres y una mujer con su hija; todos fueron hechos prisioneros.

“Los piratas ingleses fueron luego enviados a Portobelo, con la excepción de tres que el corregidor ordenó fuesen llevados a Panamá para hacerlos trabajar en el Castillo de San Jerónimo, que es una muy poderosa fortaleza cuadrangular emplazada en el centro del puerto; es de piedra fina. Su altura es de ochenta y ocho pies, los muros miden catorce y los cordones setenta y cinco pies. Fue construido a expensas de particulares, habiendo sido el corregidor de la ciudad el mayor contribuyente, sin que a S. M. le costara nada”.

Capítulo V

Breve descripción de la isla de Cuba. Morgan intenta conservar la isla de Providencia para refugio y madriguera de piratas, pero no puede. Toma Puerto Príncipe.

Tras de la muerte de Mansvelt —su predecesor y almirante— Morgan procuró obtener posesión permanente de la isla de Providencia, no muy lejos de Cuba. Su intención primordial era hacer de ella un santuario y guarida de los piratas que merodeaban en esas aguas. Le serviría también de bodega para almacenar en ella el producto de sus robos. Para realizar su propósito escribió a varios comerciantes de Nueva Inglaterra y de Virginia instándoles a enviarle provisiones y demás cosas necesarias a fin de poner a la isla en condiciones de alejar toda posibilidad de asalto extranjero que pudiera ponerla en peligro. Pero la reconquista de la isla por los españoles malogró su plan. Pudo por fin armar un barco esperanzado en formar con el tiempo una flota grande y poderosa. Y consiguió lo que quería. Hecho lo cual ordenó a todos los miembros de su flota juntarse en cierto puerto de la isla de Cuba. Llegados allí convocó a la gente en consejo para convenir en el primer lugar que debían asaltar. Pero antes de seguir con mi relato permítaseme hacer aquí una sucinta descripción de Cuba.

La isla de Cuba se extiende de este a oeste en altura y situación de 20° hasta 23° de latitud norte; tiene 150 leguas alemanas de longitud por unas 40 de anchura. Es tan fértil como La Española. Exporta muchos productos, tales como cueros de varios animales que en Europa llaman cueros de La Habana. Frente a sus litorales hay gran número de isletas denominados cayos. Los piratas hacen de ellas puertos de refugio, y allí también tienen sus conciliábulos antes de asaltar pueblos y galeones españoles. Por todas partes la bañan pequeños y grandes ríos cuyas desembocaduras son radas espaciosas, y tiene además esta bellísima isla muchas bahías bien protegidas de los vientos; todo lo cual contribuye al bienestar de sus habitantes y facilita el comercio con propios y extraños. Sus principales puertos son: Santiago, Bayamó, Santa María, Espíritu Santo, La Trinidad, Sagua, Cabo Corrientes y otros, todos en la costa sur. En el norte están: La Habana, Mariano, Santa Cruz, Mata Ricos y Baracoa.

Dos ciudades muy importantes gobiernan la isla. Una es Santiago, en la costa meridional, que tiene bajo su jurisdicción a la mitad del territorio.

LOS BUCANEROS EN AMERICA

Las autoridades principales de aquí son un obispo y un gobernador a quienes acatan los pueblos y ciudades de la dicha mitad; las más importantes poblaciones del sur son: Espíritu Santo, Puerto Príncipe y Bayamó; en el norte están Baracoa y el pueblo llamado Los Cayos. La mayor parte de su comercio se hace a través de la ciudad de Santiago con las Islas Canarias hacia donde se exportan tabaco, azúcar y cueros, todo lo cual llega a la ciudad desde los pueblos y ciudades de su jurisdicción. Aunque una fortaleza la defiende, en el pasado fue saqueada por los piratas de Jamaica y de Tortuga.

La ciudad de La Habana queda entre el norte y el oeste de la isla. Es una de las más famosas plazas fuertes de las Antillas Mayores. Su jurisdicción comprende la otra mitad de la isla, y las principales ciudades subordinadas a ella son Santa Cruz y La Trinidad, en el norte y el sur, respectivamente. De aquí salen enormes cantidades de tabaco para Nueva España (1) y Costa Rica, y hasta el Mar del Sur; zarpan además barcos cargados de ese mismo producto a España y otras partes de Europa, no sólo en haces sino también en fardos. Tres fortalezas muy grandes y poderosas defienden la ciudad. Dos están en el puerto y la otra se asienta sobre un morro que la señorea. Cálculase que La Habana contiene diez mil familias. Los dedicados al comercio trafican con Colombia, Campeche, Honduras y La Florida. Todos los navíos que llegan con procedencia de los puertos de esos países, así como de Caracas, Cartagena y Costa Rica, se avituallan en La Habana antes de seguir rumbo a España, pues éste es el derrotero común para dirigirse a la Europa meridional y otras partes. La flota que anualmente transporta la plata y el oro a España toca en La Habana para cargar allí tabaco, cueros y madera y campeche.

No llevaba el capitán Morgan más de dos meses pirateando por los mencionados puertos del sur de Cuba cuando ya tenía una flota de doce barcos, entre navíos y chalupas, con setecientos hombres entre ingleses y franceses. Se reunieron en consejo y algunos propusieron asaltar La Habana de noche, lo cual, decían, sería fácil de hacer si lograban apoderarse de unos cuantos sacerdotes, y saquear también la ciudad antes que las fortalezas se pusiesen en estado de defensa. Otros propusieron distintos planes. La primera proposición fue desechada porque, según dijeron muchos de los allí presentes que habían estado presos en La Habana, nada podría hacerse con menos de mil quinientos hombres, y que más valía irse a la Isla de Pinos y desembarcar allí en botes pequeños para después marchar sobre Batabanó que está a unas catorce leguas de aquella ciudad y luego, desde allí, hacer la tentativa.

Por fin, viendo que les era imposible reunir tan gran número de hombres, sugirieron asaltar otro lugar. Alguien propuso tomarse Puerto Prín-

(1) Hoy es México

cipe. Decía este hombre conocer muy bien la población, y que como estaba bastante lejos del mar nunca había sido atacada por los piratas. Agregó que sus habitantes eran gente rica que manejaba dinero contante y sonante para negociar con los comerciantes de La Habana que tenían en Puerto Príncipe agentes compradores de cueros y otros productos. Morgan y los jefes aprobaron la idea. Se dictaron en el acto órdenes a los demás capitanes de los barcos de levar anclas y poner proa a un lugar cercano a Puerto Príncipe en donde hay una bahía llamada Puerto de Santa María. Llegados de noche a cierto punto de la bahía, se echó al agua sin ser visto un español que tenía prisionero y corrió a Puerto Príncipe con la noticia del plan de los piratas. Les dijo haberles oído hablar del asunto, ignorando ellos que él sabía inglés. Los españoles, tan pronto fueron advertidos, corrieron a esconder sus bienes y sacar de la ciudad todo cuanto pudieron. El gobernador, por su parte, dio inmediatamente a todos los vecinos, libres y esclavos, la voz de alarma, y con parte de ellos se apostó por donde ineludiblemente tenían los piratas que pasar. Ordenó cortar muchos árboles y cruzarlos en el camino para estorbarles el paso; también emboscó gente en varios lugares con piezas de artillería para detenerlos; reunió ochocientos hombres de los cuales puso algunos en las emboscadas y con el resto acordonó la ciudad, desde donde podían divisar a los invasores que por fuerza tenían que cruzar una planicie.

Morgan y su gente, encontrando los caminos impasables, tuvieron que internarse en el monte que con gran dificultad cruzaron, pero en cambio evitaron las sorpresas. Llegaron al fin a la planicie que rodea la ciudad. El gobernador despachó a toparlos un pelotón de caballería con el que esperaba desbaratarlos para luego perseguirlos con el grueso de sus fuerzas. Pero la cosa no le salió como se lo había imaginado, pues los piratas mantuvieron el orden de sus filas al son de sus tambores y al pie de sus pendones. Al acercarse la caballería formaron un semicírculo y avanzaron al encuentro de los españoles que por un rato cargaron sobre ellos como bravos. Pero, viendo que los piratas eran diestros en el manejo de las armas, y habiendo muerto ya su gobernador y muchos soldados, comenzaron a replegarse hacia el monte donde esperaban defenderse con ventaja; pero, antes de que pudieran llegar a él cayeron muchos más abatidos por los piratas; y al fin dejaron la victoria al enemigo que no perdió mucha gente en el combate, y sólo tuvo pocos heridos, aunque duró cuatro horas el encuentro. Y entraron en la ciudad a pesar de la denodada resistencia que opusieron los de adentro con la esperanza de impedir el saqueo. Los habitantes se encerraron en sus casas desde cuyos techos y ventanas disparaban contra los piratas que, viéndose en apuros, comenzaron a gritarles: "¡Si no se rinden pegaremos fuego a la ciudad, y a la vista de todos desuartizaremos a las mujeres y a los niños!" Ante semejante amenaza los españoles optaron por rendirse a discreción.

Tan pronto como los piratas se adueñaron de la ciudad encerraron a todos los españoles, hombres, mujeres, niños y esclavos, en las iglesias y se dedicaron a recoger el botín. Hecho lo cual se dieron a cachear los alrededores de donde día a día traían mercaderías, prisioneros y provisiones. Con ésto se dieron suculentas banqueteadas entre la algazara con que en tales ocasiones arma esa canalla, sin acordarse de los pobres cautivos que dentro de las iglesias languidecían de hambre. Y entre tanto no dejaban de atormentarlos de la manera más implacable para hacerles confesar en dónde tenían ocultas sus riquezas, aun cuando ya todo se lo habían robado. Y castigaron también a las mujeres y a los niños no dándoles de comer, a causa de los cual la mayoría pereció.

No hallando nada más que robar y escaseando ya las provisiones, planearon los piratas irse a otros lugares en busca de mejor fortuna, pero antes dijeron a los prisioneros que buscaran la manera de pagar rescate por sus vidas, pues que de lo contrario se los llevarían a Jamaica, y que si ni aun bajo esa amenaza pagaban el rescate de la ciudad quemarían las casas. Los españoles comisionaron entonces a cuatro de los suyos que fuesen en busca del dinero que exigían los piratas, y éstos, antes de que aquéllos salieran, atormentaron cruelmente a varios prisioneros en su presencia a fin de que volvieran pronto con el rescate. Pocos días después regresaron los españoles de su penosa cuanto infructuosa misión diciendo a Morgan: "Hemos buscado y rebuscado en todos los montes y los contornos a ver si encontrábamos a algunos de nuestro paisanos a quienes pedir el rescate exigido, pero todo ha sido en vano, y aquí estamos con las manos vacías. Pero si nos da quince días más de tregua podremos ajustar la cantidad que se nos pide". Morgan accedió, pero poco después siete u ocho piratas que andaban batiendo el monte entraron a la ciudad con algunos prisioneros, entre ellos un negro a quien le encontraron cartas del gobernador dirigidas a ciertos cautivos en las cuales decía que no se apuraran en pagar rescate por sus propias personas ni por la ciudad; que se dieran mañías haciéndoles esperar, pues él llegaría pronto en su socorro. Morgan impartió inmediatamente órdenes de llevar todo lo robado a los barcos, y conminó a los españoles a entregar al día siguiente el rescate exigido por la ciudad, porque si no la reduciría a cenizas.

Morgan no les dijo nada de las cartas del gobernador que había interceptado, y ellos siguieron afirmando que les era del todo imposible reunir al presente la suma exigida, ya que los pudientes de la ciudad no aparecían por ningún lado. Morgan, conociendo bien sus propósitos, pensó que no le convenía quedarse por más tiempo. Dispuesto a irse les pidió sólo la entrega de quinientas reses con suficiente sal para acecinar la carne. Volvieron ellos al siguiente día con el ganado y él les puso entonces como condición que lo destazaran, lo salaran y llevaran la carne a los barcos. El se fue a bordo con sólo seis de los principales prisioneros en prenda. Puesta

ya la carne a bordo pidieron los españoles la libertad de los seis rehenes, lo que les fue concedido. Mientras ocurría esto surgieron entre ingleses y franceses ciertas desavenencias. Causa de la discordia fue que mientras un francés destazaba una de las reses, un inglés se le llevó el tuétano que aquél había puesto a un lado. Como se sabe, el tuétano es un bocado muy apetecido. El uno entonces retó a duelo al otro. Llegados al lugar de la cita el inglés clavó traidoramente su espada en la espalda del francés matándolo en el acto. Los otros franceses, deseosos de vengar a su paisano, se alzaron contra los ingleses, pero Morgan calmó las pasiones ordenando que el inglés fuese encadenado y llevado en hierros a Jamaica, prometiendo que allá se haría justicia, porque si bien el duelo era permitido, era vileza matar a un hombre con alevosía.

Solucionado el caso partieron a una isla en donde Morgan haría la repartición del botín. Allí se encontraron con que todo, en dinero efectivo y mercaderías, tenía un valor de casi cincuenta mil piezas de a ocho. (1) Hubo descontento general debido a que con eso no les alcanzaba ni para pagar deudas contraídas en Jamaica.

Morgan les propuso entonces pensasen en otro lugar a donde ir para saquearlo antes de volver a la isla, pero los franceses, no pudiendo llevarse bien con los ingleses, se separaron dejando a Morgan sólo con sus compatriotas; en vano trató él de persuadirlos. La separación fue amistosa. Morgan les reiteró su promesa de hacer juzgar al criminal. Y así se hizo, pues apenas llegado a Jamaica el hombre fue ahorcado y los franceses quedaron complacidos.

(1) Piezas de ocho reales mexicanos, de a doce centavos y medio de peso por real. Muchas de estas piezas de plata fueron retroquelaron por un lado para formar los primeros dólares de Estados Unidos

Capítulo VI

Morgan resuelve atacar y saquear Portobelo. Arma una flota y con poco gasto y fuerza reducida toma la plaza.

Algunos tal vez pensarán que después de la deserción de los franceses a Morgan no le quedaría coraje para lanzarse a empresas tan grandes como las anteriores. Pero él, hombre capaz de infundir valor con sólo su palabra, persuadió a los ingleses a seguirlo prometiéndoles que si no lo abandonaban los haría ricos. Y fue tan convincente que todos resolvieron acompañarlo. Y a ellos se sumó un pirata de Campeche esperanzado en que al lado de Morgan le sonreiría la fortuna al fin. En pocos días reunió el inglés una flota de nueve velas, entre lanchas y navíos, y cuatrocientos sesenta hombres.

Arreglado y listo todo se hicieron a la mar sin que Morgan revelara a nadie sus planes, pero sí les dijo en varias ocasiones que, de no ocurrir algo imprevisto, pronto serían ricos. Pusieron proa a tierra firme y al cabo de unos cuantos días navegaban ya a la vista del litoral costarricense. Allí reveló su plan primero a los capitanes de los barcos, y después al resto de la gente. Atacarían Portobelo de noche y saquearían hasta el último rincón de la ciudad; y para darles más ánimo les dijo que el éxito era seguro porque el asalto sería de sorpresa. A esto algunos objetaron que no tenían suficiente fuerza para acometer tamaña empresa, pues todos sabían cuán grande y fuerte era esa plaza. A esto Morgan respondió: "Si es verdad que somos pocos, nuestro valor es inaudito, y mientras menos seamos más unidos estaremos y nuestra parte del botín será mayor". Y así, estimulados por la ambición de enriquecerse y confiados en el éxito, aceptaron unánimemente el plan. Ahora bien, a fin de que el lector se explique la resolución de estos hombres, creo necesario decir antes algo acerca de Portobelo.

La ciudad que en América lleva ese nombre queda en la provincia de Costa Rica (sic) a 10° de latitud norte, catorce millas del Golfo de Darién y ocho al oeste del puerto Nombre de Dios. Es la más fuerte plaza que el rey de España tiene en todas las Indias Occidentales, con la excepción de La Habana y Cartagena. Dos fortalezas reputadas de casi inexpugnables situadas a la entrada del puerto defienden la ciudad, de suerte que ningún barco, grande ni pequeño, puede entrar a él sin permiso. Mantiene una guarnición de trescientos soldados y la habitan unas cuatrocientas familias. Los comerciantes no tienen residencia fija allí por lo malsano del clima; sólo llegan cuando arriban galeones de España o zarpan para allá.

Pero sí tienen bodegas en el puerto. Los comerciantes residen en Panamá de donde, en días de feria o cuando entran barcos negreros a vender esclavos, llegan recuas de mulas con cargas de plata y oro.

Morgan, que conocía muy bien todas las entradas de la población, así como la costa cercana, llegó al anochecer al puerto de Naos, diez leguas al oeste de Portobelo. En seguida remontó el río hasta Puerto Pontín, en donde anclaron. Allí se reembarcaron en bongos y canoas dejando en los barcos unos pocos marineros para que al siguiente día los llevaran al puerto. A eso de media noche arribaron a un punto llamado Estero Longa Lemos, en donde saltaron a tierra y se acercaron al primer retén de la población. Llevaban de guía a un inglés que había estado preso allí. A él y a tres o cuatro más se dio la misión de hacer prisionero al centinela o, de ser necesario, matarlo. Pudieron cogerlo sin darle tiempo a disparar su arcabuz, ni de dar un grito siquiera, y lo llevaron a presencia de Morgan quien le interrogó acerca del número de soldados que defendían la ciudad, y de otras cosas más. A cada pregunta lo amenazaban con matarlo si no decía verdad. Luego comenzaron a avanzar sobre la ciudad llevando al prisionero maniatado a la cabeza de todos. Después de caminar como un cuarto de legua llegaron ante el primer fortín de la ciudad y lo cercaron para no dejar salir ni entrar a nadie.

Estando ya al pie de él, Morgan, mediante el centinela que habían capturado, intimó a la guarnición su entrega so pena de ser descuartizados, sin dar cuartel a nadie. Los defensores respondieron a boca de cañón, y se entabló la lucha. Al oír los cañonazos, la ciudad se puso inmediatamente al arma. Y aunque jefe y soldados del fortín resistieron como buenos tuvieron al fin que rendirse a los piratas,, quienes en cumplimiento de su amenaza metieron a oficiales y soldados dentro de un cuarto y prendiendo fuego al polvorín hicieron volar el fortín con todos los españoles dentro. Esto llenó de pavor a la ciudad cuyos habitantes, sin estar del todo preparados para la defensa, corrieron unos a esconder sus joyas en los pozos y otros a enterrarlas para evitar que se las robaran los piratas. Una partida de éstos entró en los conventos y se apoderó de todos los frailes y monjas que encontraron. El gobernador de la ciudad, sin haber tenido tiempo para organizar a los civiles, corrió a acuartelarse en el reducto que quedaba libre y comenzó a cañonear a los piratas que, al mismo tiempo que se defendían, se lanzaban al asalto apuntando con buena puntería a la boca de los cañones españoles, de modo que cuando éstos volvían a cargarlos caían uno o dos artilleros muertos o heridos al pie de su batería.

El asalto que había comenzado desde el alba iba por medio día y aún no se podía decir quién sería el vencedor. A esa hora los piratas, viendo que habían perdido mucha gente y sólo habían logrado avanzar muy poco, y que todavía quedaban ese y otros fortines menores que tomar, dispusie-

ron acometer con bombas incendiarias para prenderle fuego al portón. Pero al acercarse al muro los defensores les arrojaron grandes cantidades de piedras y tarros explosivos obligándolos a retirarse. Morgan, ante la tozuda resistencia de los españoles, comenzaba a dudar del éxito del asalto. En esas tristes meditaciones estaba cuando de pronto vio flamear los colores ingleses en uno de los pequeños fuertes, y en seguida un grupo de piratas se vino corriendo donde él pregonando victoria a grandes gritos. Habiendo cambiado así el semblante de las cosas, se reanimó empeñándose en tomarse los otros fuertes que aún se defendían, y a los cuales muchos de los más destacados ciudadanos habían acudido en busca de refugio cargando con sus joyas y dinero, y también con muchos objetos de plata y oro de las iglesias.

Dispuso entonces Morgan mandar a hacer rápidamente diez o doce escaleras tan anchas que pudieran subir por ellas tres o cuatro hombres en fondo. Hechas las escaleras ordenó a los frailes y monjas que tenía prisioneros fuesen a plantarlas contra los muros del fuerte. Y ésto se lo había advertido al gobernador que haría si no capitulaba. La respuesta fue que mientras tuviese vida no se rendiría. Nunca pensó Morgan que al gobernador no se le daría un bledo la vida de los religiosos que marchaban delante de los piratas. Las escaleras, pues, fueron puestas en manos de monjas y de frailes a quienes obligaron a llevarlas y plantarlas contra los muros. Pero Morgan estaba equivocado porque el gobernador, a fuerza de soldado valiente y disciplinado, ordenó disparar contra todo aquel que se acercara a los muros. Y monjas y frailes no cesaban de rogarle a gritos en nombre de todos los santos que entregara la fortaleza para que ni él ni ellos perecieran. Mas nada pudo contra la tozudez del militar español. Y así muchos frailes y monjas murieron antes de que pudieran plantar las escaleras por las cuales treparon los temerarios piratas arrojando al interior muchas bombas incendiarias.

Fue tan poderosa la arremetida que los españoles no pudieron impedir la toma de la fortaleza, y todos tiraron sus armas al suelo menos el gobernador que siguió peleando espada en mano y mató a muchos piratas y a no pocos de sus mismos soldados que rehusaban seguir peleando. Varias veces los piratas le intimaron rendición, y él siempre contestó que más valía morir como valiente que ser ahorcado como cobarde. Trataron ellos de hacerlo prisionero, pero se defendía con tal fiereza que se vieron obligados a matarlo; y esto a pesar de los ruegos y lágrimas de su esposa y de su hija que le imploraban de rodillas se rindiera para salvar la vida. En posesión ya los piratas de la fortaleza, que ocurrió al anochecer, llevaron a todos los prisioneros adentro y les pusieron custodias; a los heridos los llevaron aparte para que con sus propios lamentos se curaran.

Luego los piratas se dedicaron a comer y a beber en orgiástico desenfreno —como es costumbre de esa casta— y en seguida dieron rienda

suelta a la lujuria y la insolencia, cometiendo violaciones en mujeres casadas y doncellas que bajo la amenaza de cuchillos entregaron sus cuerpos a los sucios besos de aquellos bárbaros. Y era al siguiente día tal el estado de embriaguez e impotencia suvas que si allí hubiera habido tan sólo cincuenta hombres resueltos, habrían podido reconquistar fácilmente la ciudad y matar a todos los piratas. Al día siguiente, habiendo cometido toda clase de latrocinios, comenzaron a exigir a punta de lanza a ciertos prisioneros que suponían los más ricos, les dijese dónde tenían ocultas sus joyas y demás valores. Pero al no poder sacarles nada, ya que no eran ellos los adinerados, comenzaron a torturarlos; y fueron de tal suerte los tormentos, que algunos murieron allí mismo y otros más tarde. Poco después llegó al gobernador de Panamá la noticia del pillaje y la ruina de Portobelo. En el acto hizo cuanto pudo por levantar fuerzas suficientes para ir allá a echar del país a los invasores; pero éstos no se preocuparon gran cosa porque tenían cerca sus barcos en los que podían huir, y podían además amenazar al gobernador con pegarle fuego a la ciudad. Llevaban ya en Portobelo quince días, en cuya lapso perdieron muchos hombres a causa de la insalubridad del lugar y a su vida licenciosa.

Al fin se dispusieron a partir llevándose a sus barcos todo el botín, y más principalmente provisiones de boca en abundancia. Morgan, entre tanto, había advertido a los prisioneros que debían pagarle rescate por la ciudad, pues que si no la reduciría a cenizas y haría volar las fortalezas. Les conminó a enviar inmediatamente una comisión de dos personas a donde el gobernador de Panamá a pedirle cien mil piezas de a ocho. Y allá fueron los comisionados a darle cuenta de la tragedia. El gobernador, que ya tenía una tropa lista, marchó al punto sobre Portobelo a echar de allí a los piratas. Pero ellos, advertidos de ésto, en vez de huir apostaron cien hombres muy bien armados en un paso estrecho en donde emboscaron a los españoles. Allí los derrotaron. No obstante, el gobernador mandó a decir a Morgan que si no salía de Portobelo no esperara cuartel cuando lo cogiera, cosa que haría en breve. Morgan, que no temía tales amenazas porque como queda dicho tenía a mano sus barcos para escapar, le contestó que no entregaría las fortalezas hasta tanto no recibiera el rescate exigido, pues que de lo contrario incendiaría la ciudad antes de dejarla, haciendo volar las fortalezas junto con los prisioneros.

El gobernador, consciente de que nada ablandaría el corazón del pirata, ni le haría entrar en razón, optó por dejarlo hacer y que los portobelenses se las arreglaran como pudiesen. De modo que en pocos días los atribulados españoles ajustaron las cien mil piezas de a ocho del rescate. Grande fue la admiración del gobernador cuando se enteró de que cuatrocientos hombres hubieran podido tomarse una ciudad tan populosa como Portobelo defendida como estaba por tantas fortalezas, y que se la hubiesen tomado sin artillería, tan sólo con armas de corto alcance. Y lo que era

más aún, con la gran reputación de que gozaban los portobelenses de ser buenos soldados en quienes jamás había flaqueado el ánimo para defenderse. Y tan grande fue su asombro que mandó a pedirle a Morgan para conocerla, una de las armas con que había tomado plaza tan poderosa. El pirata trató con comedimiento al mensajero y le entregó una pistola con algunas balas, y además este mensaje: "Quiero que acepte usted esta muestra de las pequeñas armas con que tomamos Portobelo y la guarde doce meses, porque entonces, llegaré por ella a Panamá". El gobernador agradeció el envío y se lo devolvió con un anillo de oro y este recado: "No se exponga. No se atreva a venir a Panamá, porque le aseguro que no saldrá tan bien librado como en Portobelo".

Luego Morgan, habiendo pertrechado su flota de abundantes provisiones de boca y llevándose los mejores cañones de las fortalezas, zarpó de Portobelo, no sin antes haber clavado y taponeado los que dejó. Con su botín llegó pocos días después a la costa cubana, en donde hizo la repartición. Consistía el despojo en doscientas cincuenta mil piezas de a ocho, además de sedas, linos y otras mercaderías de gran valor. De allí partieron a Jamaica, madriguera común de los piratas. Vueltos al cubil reanudaron jubilosos su habitual vida crapulosa derrochando a manos llenas lo que otros habían ganado a fuerza de trabajo y de sudores.